

EDITORIAL: ¿QUÉ VA A SUCEDER?

Por Carlos-Roberto Peña-Barrera (editor)
editor@sapiensresearch.org

A corto, mediano, largo e infinito plazo, todos, o muchos, nos hemos preguntado qué va a suceder. Nos hacemos esa pregunta cuando, sin importar la edad, nos enfrentamos a un problema. Para el niño, cuando le colocan en su agenda del colegio una citación para que acudan sus padres. Para el joven, cuando sacó sin permiso el auto de sus padres y llegó a casa después de una riña en la fiesta que estaba y se lo dañaron con un golpe. Para el adulto y padre de familia, cuando su jefe le dice que, por cuestiones administrativas, deben prescindir del puesto que ocupa. A veces podemos suponer la respuesta: “Mis padres se enterarán que me ganó la matrícula condicional”; “Mi familia no me volverá a dejar salir... y ni siquiera tengo un peso para mandar a arreglar el auto”; “Tengo compromisos, deudas, y ahora... qué voy a hacer con esta situación... Escasamente tengo ahorros para un par de meses”.

Y esos son solo algunos de los pensamientos que nos pueden caer como truenos si no tenemos puesta nuestra confianza en que nuestras vidas pueden tener un seguro contra todo riesgo si tan solo tomamos la decisión de dejar todo en las manos de alguien que conoce por completo lo que ha sucedido, sucede y sucederá, que sabe el principio y el fin, que puede hacer de los problemas las más grandes y maravillosas soluciones.

Sin embargo, las experiencias de la vida, sin importar si se tiene o no estudios, incluso de hasta PhD; o si nunca se ha salido de la ciudad de residencia o si se ha viajado por decenas de países, incluso a varios cada año... sí, las experiencias de la vida nuestra y ajena nos pueden señalar lo que quizá va a suceder. Y todo porque pensamos que si a fulano le pasó, a mí también; o porque eso pasó en cierto país, en el mío se repetirá. Y es cierto, en muchos casos vuelve a suceder lo mismo: nos puede esperar un regañó, una dura disciplina, o un tiempo de desierto financiero que repercute en lo emocional y económico.

Esas son las cosas que nos ocurren, las preguntas que nos hacemos, y también las posibles situaciones que vendrán. Sin embargo, la zozobra dilatada, la angustia que enferma, la disyuntiva que casi agota las fuerzas pueden dejarse encerradas en un cajón cuya llave podemos lanzar al aire, hacia atrás y seguir adelante, con la frente en alto, y creer que todo saldrá bien, que la noche solo dura un par de horas y que el sol saldrá nuevamente para alumbrar todas las cosas, para darnos la oportunidad de ver, de reflexionar, de analizar y de preguntarle al que tiene todas las respuestas no solo porqué, sino algo más importante: para qué.

Todo tiene un sentido y apunta justo hacia allá por una decisión y propósito, a pesar de que muchas veces creemos entender de verdad lo que pasa o tratamos de ajustar una respuesta cuando solo lo que hacemos es darle golpes al aire. Y esto sucede en las esferas más cotidianas y hasta en las más científicas. La historia nos revela que lo que hace siglos era un paradigma irrefutable, hoy día es una más de muchas teorías que tarde o temprano se han caído por el peso de nuevos argumentos.

A muchos los han tildado de locos cuando toman decisiones que van contra la corriente y después, cuando descubren lo que era únicamente imaginado por ellos pero criticado por casi el resto, dejan de ser los rechazados para convertirse en un faro en medio del mar de oscuridad

en el que se puede navegar si no se entrega todo en manos de aquel que conocer el verdadero norte, que puede soplar su viento para llevarnos a entender la razón de todo, aunque eso haya significado mucho dolor, agonía y llanto.

En los grandes centros de pensamiento entran muchos competidores a una carrera. Incontables personas ingresan, pero muy pocas llegan a la meta. El resto, que deja esa carrera por cualquier situación, emprende otra, fuera de estos campos de entrenamiento, que también tiene un destino. Nuestra vida, con o sin este tipo de carrera, tiene una finalidad que va más allá de estos 60 o 70 o más años.

¿Qué va a suceder? ¿Qué va a pasar después de todos los años de vida? Algunos se hacen esa pregunta y no tienen nada que decir, pero otros sí. Y por eso existen dos tipos de personas: las que se preparan desde ya porque saben, aunque sea de lejos, lo que va a suceder; y las que solo se limitan a competir en la carrera de la vida sin entrenarse para la carrera que va más allá de lo no trascendental, porque sencillamente no creen que más allá hay un camino que con estos ojos naturales no podemos ver.

Las grandes mentes cada vez llegan más lejos en la comprensión del universo, del funcionamiento de nuestro cerebro, de aquellas cosas tan intangibles pero tan certeras como la materia oscura o el bosón de Higgs. El conocimiento y el entretenimiento han llegado a tal grado de avance que, cada vez, cuando se cree tener o hacer lo más reciente, resulta que ya, en otro lado, eso es casi obsoleto o pasado de moda. Cada desarrollo motiva a otro y cada manera de hacer las cosas a otra. Pero todo, al final, solo demuestra que hay más por hacer o por tener. No existe saciedad en estas esferas porque casi todo se mueve con los hilos del consumo, el poder y la satisfacción temporal.

El fin, indudablemente, no es ni hacer ni tener, aunque parezcan lo más importante. El fin se trata de ser. El resto de cosas quedan por debajo cuando se tiene esa certeza. No se vive para tener. No se vive para hacer. Se vive para ser. ¿Para ser qué? ¿Para ser cuándo? ¿Para ser cómo? ¿Para ser por qué? ¿Para ser para qué?

Esas parecen ser las preguntas más importantes que debemos responder y por las cuales debemos orientarnos. Vivimos para ser-vir. Vivimos para servir con todas nuestras fuerzas en que otros y nosotros mismos podamos alcanzar el propósito para el cual fuimos creados. Vivimos para hacer eso desde hoy mismo y hasta que se terminen nuestros días. Hasta el último aliento. Vivimos para ser como quien nos diseñó quiere que seamos, y todo eso se resume en dos palabras tan significativas: obediencia y amor. Vivimos para ser porque nada de lo que creemos que es nuestro nos pertenece y porque sencillamente tenemos la maravillosa oportunidad de administrar algo de alguien. Y para que todo cobre verdadero sentido. Ese sentido solo va por el único verdadero camino: Jesucristo. Ese camino nos lleva al único verdadero sentido: Dios. ¿Qué va a suceder? De lejos muchos lo sabemos y esperamos. Y la invitación es para que no ponga sus esperanzas en lo temporal sino solo en Dios. Allí está, al alcance de su corazón.